

CARLOS LUIS MARIA DE BORBON.

Los números hace que presentamos á nuestros lectores el retrato de Don Carlos, acompañado de algunas noticias biográficas, y desde luego concebimos la idea de presentarles también el de su hijo, conocido últimamente por el *Conde de Montemolin*. Habiéndonos hecho de un retrato esactísimo y de algunas cortas noticias, lo presentamos hoy, creyendo que agradará á nuestros numerosos suscritores, sin que esto, que solamente lo hacemos como simples historiadores, dé márgen á infundadas ideas, lejos de las cuales, principalmente, estamos y estaremos siempre.

Carlos Luis Maria de Borbon nació en Madrid el 31 de Enero de 1818, á los diez y seis meses del casamiento de su padre con la hija del rey de Portugal, Doña Maria Francisca de Braganza. Las continuas revueltas de España, hicieron que los primeros años del infante se consagrasen solo á aquellos estudios que aun en tiempo de paz se conceden cuando mas á los hijos de los indolentes potentados: en las matemáticas fue donde mas se distinguió, descubriéndose desde luego en él un talento despejado y nada comun.

El 16 de Marzo de 1833, como ya hemos dicho, salió toda la familia de D. Carlos para acompañar en su destierro á la Princesa de Beira y demas comitiva, siguiéndole en consecuencia Carlos Luis. Partieron, pues, á Portugal, donde permanecieron hasta que de resultas de haber tomado el tío de nuestra reina la iniciativa en los asuntos políticos, despues de haberles cojido un depósito que tenian en Vilarinho de 150,000 cartuchos, 40 barriles de pólvora, 2 de piedras de chispa, 1 cajon de balas de cañon, 2 id. de fusil, 89 pantalones pardos y 19 piezas de paño, tuvieron que retirarse á Londres. Antes, y lo que obligó á la familia de D. Carlos á esta retirada, fueron los continuos descabros que su impremeditacion le acarreo.—El 15 de Abril de 1834, el entonces brigadier Sanjuanena entró en la Guarda persiguiendo al Pretendiente, el cual habia salido el mismo dia para Castellobranco. De resultas de esto, se le cojieron 3 coches, 3 carros matos, 2 imprentas, gran porcion de correspondencia, y todo su equipaje y el del Obispo de Leon. El dia 26 de Mayo capitularon en el monte de Evora D. Miguel y D. Carlos, embarcándose el primero el 2 de junio en la fragata inglesa de guerra Stag, para Italia, y el segundo el mismo dia en el navio Donegal para Inglaterra con la princesa de Beira y su familia: salió el Donegal á las doce y media del dia 3, llegando á Plymouth el 13.—El 4 de Setiembre del mismo año quedó sin

cho, salió toda la familia de D. Carlos para acompañar en su destierro á la Princesa de Beira y demas comitiva, siguiéndole en consecuencia Carlos Luis. Partieron, pues, á Portugal, donde permanecieron hasta que de resultas de haber tomado el tío de nuestra reina la iniciativa en los asuntos políticos, despues de haberles cojido un depósito que tenian en Vilarinho de 150,000 cartuchos, 40 barriles de pólvora, 2 de piedras de chispa, 1 cajon de balas de cañon, 2 id. de fusil, 89 pantalones pardos y 19 piezas de paño, tuvieron que retirarse á Londres. Antes, y lo que obligó á la familia de D. Carlos á esta retirada, fueron los continuos descabros que su impremeditacion le acarreo.—El 15 de Abril de 1834, el entonces brigadier Sanjuanena entró en la Guarda persiguiendo al Pretendiente, el cual habia salido el mismo dia para Castellobranco. De resultas de esto, se le cojieron 3 coches, 3 carros matos, 2 imprentas, gran porcion de correspondencia, y todo su equipaje y el del Obispo de Leon. El dia 26 de Mayo capitularon en el monte de Evora D. Miguel y D. Carlos, embarcándose el primero el 2 de junio en la fragata inglesa de guerra Stag, para Italia, y el segundo el mismo dia en el navio Donegal para Inglaterra con la princesa de Beira y su familia: salió el Donegal á las doce y media del dia 3, llegando á Plymouth el 13.—El 4 de Setiembre del mismo año quedó sin

madre Cárlos Luis, la cual murió en Alverstoke.
D. Cárlos decidido á seguir su causa, pasó á tomar el mando de sus ejércitos, permaneciendo su hijo Cárlos con la familia y el infante D. Sebastian en Soburgo, hasta que en 1836 pasaron los dos á unirse al Pretendiente.

Querer buscar desde esta época en el apellidado Príncipe de Asturias grandes hechos de armas, es inútil, pues hemos oido decir repetidas veces á sus mismos defensores, que aun cuando tiene dotes para militar, no es esta la principal carrera á que ha sido llamado á este mundo.

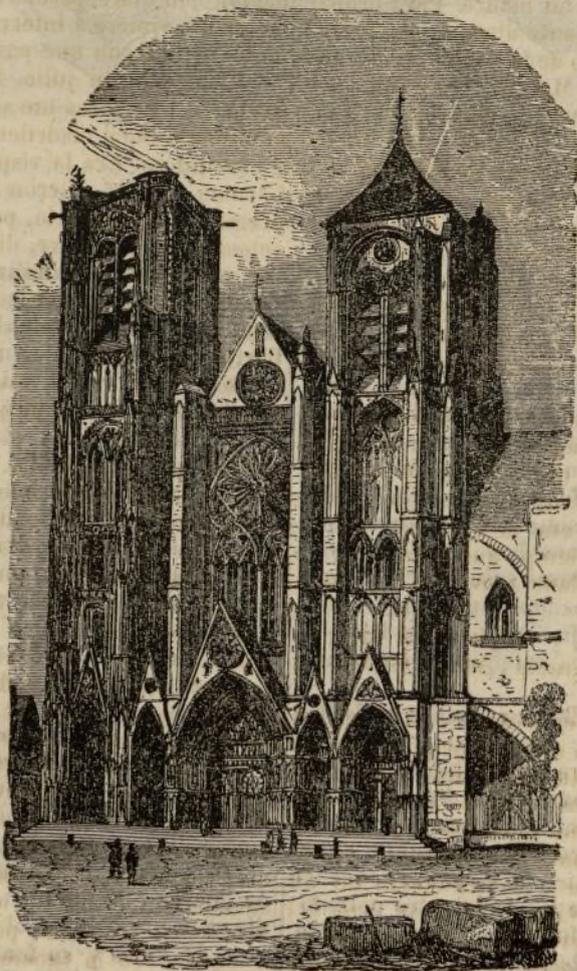
Cuando, de resultas del convenio de Vergara, tuvo que pasar á Francia su familia, Cárlos Luis siguió su suerte como uno de los mas interesados por la causa que tanta sangre habia hecho derramar. Desde entonces se dedicó al cultivo de las ciencias, y á fuer de imparciales no podemos recusar la opinion unánime de todos los que lo han visto, y que convienen en que es uno de los Borbones de talento mas despejado. Su estatura di-

cen es de unos cinco pies y cuatro pulgadas, y su cuerpo mas delgado que grueso. A caballo se afirma que es gallardo y arrogante. Ha aprendido con esmero su lengua nativa, el latin, el francés, el inglés, el italiano, y algo del alemán, añadiéndose á esto algunas nociones de historia, geografía, retórica é historia natural, la cual ha estudiado con Mr. Denarp. Ultimamente, parece que toca el piano con bastante maestría y destreza.

Ni queremos, ni podemos, ni debemos decir mas acerca de este personaje á quien se nos afirma han visto muchos rogar en la catedral de Bourges por la tranquilidad de nuestro desgraciado suelo.

Ultimamente, podemos afirmar á nuestros lectores, que el retrato que encabeza estas líneas, es lo mas exacto que puede hacerse, segun el parecer de personas que lo han visto, y que han tenido ocasion de ver últimamente á *Cárlos Luis Maria de Borbon*.

RAMON DE VALLADARES Y SAAVEDRA.



(Catedral de Bourges.)

COSTUMBRES ASTURIANAS.

UNA ROMERIA.



ejando á un lado exhortos y pesadeces, inútiles del todo y únicas para fastidiar al lector, voy sin rodeos á mi objeto principal.

Residia en la córte, donde me encontraba perfectamente, aunque mi libertad como hijo de familia, no caminaba todas las veces de acuerdo con mis ideas. El año 1844 empezaba ya Reamur á querer hacer de las suyas, y yo lo mismo que todo aquel que no esté en completa armonía con ese señor, cuando sube á los 33 s. O, empezaba á prepararme para tratar de hacerle alguna resistencia, y no rendirme á discreción bajo su poderoso influjo. Estaba ocupado en esto, cuando un día sentado á la mesa con mis padres, oí no sin admiración, que en virtud de una médica-órden, de allí á 8 días saldriamos para Asturias, á ver si mejoraba la salud de mi madre. Para probar cuanto me sorprendió semejante disposicion, bastará que presente el resultado de la comparacion que hice al momento. ¿Salir de Madrid? Imposible... y á dónde me llevan?... á Asturias... Para un cortesano que frecuenta el Circo, el Prado y los toros, Asturias es un pais casi selvático. Consolarme era imposible; pero no habia remedio. Con bastante dolor ví que pasaron los ocho dias fatales, y que encerrado quieras que no quieras en una de las generales, al cabo de cinco dias y medio, subiendo y bajando cuestas, atravesando puertos y mas puertos, me encontré... fatalidad, repito, para un madrileño, en la villa de Gijon, condenado á pasar en ella los tres meses de verano.

De esta parte de España solo tenia noticia por el mapa y algunas esplicaciones del atlas; sabia, sí, que era pais montañoso, y que á pesar de su celebridad histórica, sus costumbres no estaban muy adelantadas. Tampoco me era desconocido el carácter sóbrio, al mismo tiempo que intrépido, de que mas de una vez han dado muestras los asturianos.

Con estos precedentes, y dispuesto á sacar el partido posible en mi desgracia, me presenté en Gijon.

Es este un pueblo que constituye casi lo mejor de la provincia. El caserío, aunque pequeño, es de mucho gusto, especialmente en la parte que llaman Bajo-rilla: las calles son anchas y bastante aseadas; los paseos principales están reducidos á dos. El muelle, estrecho y atrozmente incómodo, por el poco orden que se observa á consecuencia de su estrechez, y la intercalacion de la clase baja del pueblo (en particular cigarreras) con lo mas distinguido de la sociedad gijonesa. El otro, conocido con el nombre de Campo Valdés, sería bastante pasadero si no fuese la iglesia parroquial que está en

frente, y que proporciona muchas veces espectáculos nada agradables. El teatro es inmundo, y casi siempre está cerrado. La alta aristocrácia se compone de algunos mayorazgos, que ostentan hasta el mas alto grado los timbres de su nobleza, adquirida de Pelayo. Los comerciantes y alguno que otro empleado, componen la clase media.

Tal es el cuadro del pueblo que, gracias al señor doctor, me habia sido destinado por la mala salud de mi madre, que, no pudiendo resistir las terribles consecuencias del calor de la córte, iba en busca de un clima que fuese mas conforme con la enfermedad que, hacia dos años, no la dejaba un rato de sosiego.

El primer mes se pasó con una monotonía que hubiera sido insufrible, á no estar preparado de antemano, y merced á la invariable determinacion que habia tomado, de estar á todo lo que viniese, y sacar partido de todo lo que pasase. El segundo no quiso dejar mal al primero. Gijon estaba tranquilo é invariable. Así «ten paciencia y verás lo bueno.» El mismo Job se hubiera admirado al ver la resignacion con que esperaba alguna novedad, cualquiera que fuese, viniese á interrumpir la magnífica y envidiable calma con que pasan la vida los gijoneses.

Llegó por fin julio. Sus disposiciones corteses hácia los forasteros me agradaron en extremo, por que, como buen madrileño, me gusta la gente fina y obsequiosa. Era la víspera de nuestra señora del Carmen, dia 15. Dieron las doce, sin necesidad de preguntar en que reló, porque no hay mas que uno colocado en una torre, digna de veneracion por haber sido castillo de Munuza. Una infinidad de cohetes disparados en todas direcciones; la armonía de una gaita, acompañada de su correspondiente tambor, y precedida de su indispensable turba de chiquillos, todo vino á anunciar que al dia siguiente tendriamos UNA ROMERIA.

Acababa de salir el sol, y ya me encontraba caminando hácia Somió. La mañana era hermosa; la brisa del mar apacible y el cielo despejado. Allá en el horizonte, un buque caminaba á toda vela, la distancia era grande y apenas se percibia: un poco mas lejos, un vapor, con mucha velocidad cruzaba hácia el oeste, dejando tras de sí una gruesa columna de humo que á poco tiempo se confundía con las nubes. Inmediatas al cabo de san Lorenzo se veian una porcion de lanchas de pescadores, que meciéndose dulcemente sobre las olas, les permitian ocuparse sin peligro en su azaroso oficio.

Volví la vista, y tuve ocasion de contemplar otro cuadro de una perspectiva casi igual á la anterior. Debajo de una cadena de montañas bastante prolongada, habia esparcidas aquí y allí, sin orden de ninguna clase, las casas de los labradores, campos sumamente frondosos y magníficas arboledas. Por otro lado, grupos de personas que se dirijian, unas á donde era la funcion, y otras al pueblo. Todo presentaba un conjunto digno de observarse, y yo mismo aseguro que si fuese mas amigo de admirar

la naturaleza, esta hubiese sido una de las ocasiones mas propicias.

Al cabo de media hora llegué por fin al lugar destinado. Mi primera ocupacion fue buscar una casa donde hospedarme aquel dia. Llamé á un chiquillo, le indiqué mis deseos, y me condujo á una en donde aseguró me tratarian bien. La fachada prometia poco, pero el interior menos. Solo habia dos piezas: la primera servia de cocina, sala y gabinete; las paredes no tenian color fijo; pero el que sobresalia mas era un negro sumamente mugriento, una masera, una ferrada, una caldera y un banco, componian todo su ajuar. La segunda, de cuatro pies de ancho, separada de la anterior por unos cuantos tablones, servia de dormitorio á los que vivian aquella, que mejor que casa se podia llamar choza, aun haciéndole favor.

La mañana se pasó sin la mayor novedad; me cansé de correr, y por último volví á ver si tomaba algun refrigerio para poder esperar á que llegase la tarde y constituirme en mi papel de espectador, observando con cuidado lo que sucediese de mas notable cuando la romería estuviese en su apogeo, y con el firme propósito de transmitirlo íntegro á mis lectores.

Una plazoleta rodeada de árboles; enfrente una casa bastante grande, con balcones llenos de gente; á los lados casitas pequeñas de aldeanos; una de ellas está sumamente concurrida: encima de la puerta, un ramo de laurel anuncia á los que lo saben que en aquel sitio se vende *sidra*. Se ven allí los jóvenes mas decentes de Gijón, que alternan con el mas mísero artesano, sin escrúpulo de ninguna clase: tal vez desempeñaban una comision demasiado agradable, que les hacia olvidar el feo de su papel, y que al dia siguiente ellos mismos repugnan: pero la ley de una bella es muy sagrada ley.

Me separé un poco de este sitio, y me hallé en un campo bastante espacioso. Se veian en él una porcion de grupos entretenidos en diversiones mas ó menos alegres: unos comian, otros bailaban, otros en fin, se ejercitaban en juegos propios del sitio en que se encontraban. Me acerqué á los primeros, y ví que á las tajadas de jamon y vasos de sidra acompañaban frases sumamente acaloradas, pronunciadas algunas con el mas vivo entusiasmo. Estube quieto un momento; los examiné con cuidado y... tuve lástima de ellos. Hablaban de política. Enemigo acérrimo de esta señora, particularmente en estos tiempos en que se vé la pobre manoseada hasta por el mas infimo periodista, eché á correr a toda prisa hácia los que componian el segundo grupo.

Unas doce personas, entre hombres y mugeres cogidas de las manos, formando todas un círculo, bailaban la *giraldilla*. Es esta una danza alegre y bastante adecuada al carácter gijonés. En ella, la ocasion brinda á los amantes mas tímidos á hacer sus declaraciones á las bellas por quien suspiran, sin temor de que las mamás, por muy alerta que estén, pue-

dan sospechar la cosa mas mínima. Estaba ya cerca del tercero cuando... ¡oh casual sorpresa!.. descubro, no á mucha distancia, él apoyado en un palo, y *ella* dando remate á un vaso de *sidra*. *El* es un asturiano de veinte años, y *ella* una idem de diez y nueve. Vestía él un chaleco de bayeta encarnada con botones de plata: calzoncillos de paño pardo con la misma clase de botones, su montera con el pico doblado, y su chaqueta terciada sobre el hombro izquierdo. Ella tenia pañuelo blanco á la cabeza, el cuello rodeado de corales, corpiño encarnado, dengue de bayeta negra, vestido corto de estameña y zapato ajustado. Los dos estaban quietos; de cuando en cuando cambiaban alguna mirada y bajaban la cabeza. No hubiera sabido qué era lo que hacian, si al cabo de un buen rato no hubiese oido el diálogo siguiente.

—Juan, non fagas eso; ye comprometerle y non sacar naa en provechu: non quier mio padre y aunque el señor cura y lo dijese, non lo lograrías.

—Eso ye, Maria; ¿pareste á tí que soy yo tan burru que me deje soplantar por utru, y vea casarte á ti sin dai antes una bona paliza? Aunque to padre se posiese delante. Non; hoy á haber palos; así como así, si non los hobiera non valdria naa la romeria.

—Juan, non lo fagas; deija rodar el mundo: ¿cómo ha de ser?

—Naa, Maria, ya lo verás; déjame facer.

Aquí concluyó la conversacion; se puede juzgar desde luego lo divertida que era.

Se acercaba la noche, y la plazoleta que he descrito antes, estaba llena de gente. El bullicio y la animacion reinaban por todas partes: las mesas de dulces y los puestos de frutas estaban circundados de muchachos que iban á proveerse de lo necesario para llevar los *perdones* á sus familias, para que disfrutasen al dia siguiente, de los restos de la romería.

El tambor y la gaita estaban en todo su furor, y con sus sonidos *armoniosos* entusiasmaban hasta mas no poder á los bailarines. Lo que mas se notaba era un corro inmenso de aldeanos y aldeanas que, imperturbables siempre, se movian apenas al monótono y pesado compás de las canciones de la *danza prima*. Imposible parece, á no verlo uno mismo, que haya personas que se entreguen á esta clase de diversion, que bajo todos conceptos es atroz é insufrible. Solo la calma de los asturianos puede resistir el estarse las horas enteras dando vueltas y mas vueltas.

De repente y sin saber el por qué, desaparece la calma y tranquilidad que habia habido hasta entonces: todo es confusion y gritería... No podia acertar la causa de semejante alboroto; arrastrado por la gente, me ví á poco rato á gran distancia del sitio que, hacia poco, ocupaba. Pero he aquí que en este momento llega á mis oidos una sola palabra que bastó para hacerme adivinar el origen del bullicio. Juan, el asturiano de veinte años, habia cumplido.

su palabra. Se presentó en la danza, desafió á su rival, los amigos tomaron parte y empezó la quimera.—Una hora despues, la romería se habia concluido, y Somió estaba desierto.

Magnífica estuvo la funcion; pero, lo confieso con sinceridad, quedé completamente satisfecho, y ví con mucha alegría acercarse el dia de volverme á Madrid. Así que entré en la córte fui á ver nuestro médico, y le rogué con mucho encarecimiento que de ningun modo nos enviase á Asturias, si tenemos que volver á salir este año.

JOSE CANGA ARGUELLES Y VILLALBA.



EL ALBUM DE FRANCISCO PACHECO (1)

IV.

El Jurado Juan de Oviedo.

En nuestros anteriores artículos, dimos ya noticia á nuestros lectores de los elogios de Leon, Malara y Mexia, veamos ahora lo que nos refiere Pacheco acerca de la vida del Jurado Juan de Oviedo.

«Solo juzgo (dice Salustio) que vive y goza de su alma aquel que pretende ganar fama con cualquiera buena arte ó hecho señalado. Lo cual se verifica singularmente, en uno de los mas provechosos hombres á su república, de cuantos habemos conocido en nuestra edad, que fue el Jurado Juan de Oviedo, el cual por sus honrados pensamientos, se levantó á ser el primero de su linage. Fue hijo de Juan de Oviedo, que del lugar de Jijon, en el principado de Asturias, vino á la ciudad de Avila, y de allí á esta en compañía de Baptista Vazquez, donde nació el sugeto presente en 21 de mayo de 1565. Comenzó en su juventud á ser discípulo en la escultura y arquitectura de su tío Miguel Adam, si bien adelante estudió la política y militar, y las matemáticas con grandes maestros, aprovechándose mucho de la manera de trazar de Gerónimo Fernandez. La primera ocasion de servir á su Magestad fue cuando Draque vino á Cádiz, año 1586, llevando en su compañía 22 mancebos á su costa, de los mas valientes de Sevilla, donde estuvo 18 dias y volvió con licencia del duque de Medina. Fue maestro mayor de la provincia de Leon, con título del licenciado Pedro de Villares, del hábito de Santiago y visitador de los hospitales de Sevilla, y de sus posesiones y su proveedor. En este tiempo, (despues de haber salido con su familiatura, año 1600) le hizo merced el consejo supremo de la Inquisicion de hacerle secretario de la ciudad de Lima, lo cual no

aceptó por consejo del padre Mata. El siguiente año le recibió Sevilla por su maestro mayor, y despues por su jurado. Cuan acertada haya sido esta eleccion, dirán las obras que apreciaremos. Antes de esto, por trazas suyas se hicieron muchas obras grandes, el retablo de Llerena, de Azuaga, de Constantina, de Cazalla, y el de Moron; el de los Vizcainos en san Francisco, y otros muchos. El insigne templo de la Merced, y el de las monjas de la Asumpcion de esta órden, el de san Benito, y san Leandro, y muchas casas suyas y ajenas, y señaladamente dos famosos túmulos, el de Filipo segundo y reina Margarita, por oposicion: siendo el del rey obra la mas grandiosa de España (1). En entrando á servir á la ciudad, reparó los husillos con que se desagna, sin que entre la del rio, y cesaron las invenciones antiguas. Hizo de nuevo el peladero del ganado de cerda: y en los corredores sobre el apeadero del cabildo, y un reparo considerable al suelo del corredor que amenazaba ruina: y estándose undiendo el *rastró* por falta de cimientos, sin derribarlo lo reparó. Y caída una nave de las carnicerías, y los arcos sueltos, los reparó y cubrió: hizo dos portadas de piedra. Hallando undido el cañon principal en el nacimiento de l' agua de la fuente del Arzobispo, padeciendo la ciudad mucha falta de ella, dió traza como se remediase, bajando á la cañeria en hombros de sus esclavos, y con menos de cien ducados ahorró á la ciudad mas de seis mil. Y en los caños de Carmona en tiempo de avenida, cayéndose mas de cien varas de atagea, en dos noches y un dia metió l' agua en la ciudad á su costa, y esto le sucedió tres veces. Y el año 1616, viendo en Alcalá los hurtos que hacian á l' agua de Sevilla, con mucho riesgo de su persona entró mas de cuatro picas debajo de tierra, é hizo los reparos convenientes, gastando doce dias sin venir á su casa. Guareció asimismo esta ciudad por tres veces, en las grandes avenidas, para que no se anegase, con notable riesgo de su persona y esclavos.

Por su órden se hizo el Matadero desta ciudad que es de 300 pies de largo, de bóveda de un cañon, y le metió agua de pie. En su tiempo se hicieron dos coliseos, uno de madera, y el que ahora sirve, de mármoles y albañilería, cosa grandiosa (2). Socorrió con su persona y criados muchos incendios, en especial el de la Contratacion y de san Barnardo, donde entraba el fuego al almacén

(1) Todos nuestros lectores tienen sin duda noticia de este precioso monumento, del que dice un antiguo historiador, que era de las mas peregrinas máquinas de túmulo que humanos ojos han alcanzado á ver. Hallábase adornado de magnificas estatuas del celebrado escultor Juan Martínez Montañés y de Gaspar Nuñez Delgado; de pinturas del mismo Pacheco, de Alonso Vazquez Perez y de Juan de Salcedo, artistas todos sevillanos de los mas brillantes. A este túmulo compuso tambien nuestro Cervantes aquel celebradísimo soneto que empieza:

Vive Dios que me espanta esta grandeza
Y que diera un doblon por describilla, etc.

el cual fue tan de su agrado, que le llamó en su *Viaje á el Parnaso, honra principal de sus escritos.*

(2) No existen hoy ninguno de estos dos teatros, de los que tampoco queda mas noticia que la que aquí dá Pacheco.

(1) Véanse los números del tomo anterior, y el 5 de este.

de la pólvora, y rompiendo con una hacha las puertas, salió abrazado con un barril de pólvora, y evitó que se volase aquel barrio, y la iglesia que estaba junto. Socorrió el fuego grande de san Telmo, y la casa de Carpio, escribano público, en que se quebró un pié, y otros fuegos menores. Ahorró á Sevilla todos los veedores que ponía en sus obras. Por su orden se hizo el reparo del Almenilla, asegurando á esta ciudad, encaminando la agua al hospital de la sangre, y haciéndole madre nueva, cosa de grande utilidad. Sirvió en el desempeño, en tiempo de Juan de Gamboa, y en todo lo que se ha dicho, 17 años de maestro mayor á Sevilla, con mucho amor y lealtad, como á su querida patria (que le pagó con no quitarle el salario) dejando por ella todos sus acrecentamientos, y ahorrándole mas de 38.000 ducados, y á S. M. mas de otros 40.000, poniendo en defensa la costa de Andalucía, y acabando cuarenta torres que habia 30 años que estaban comenzadas (1), con mucho riesgo de ser cautivo tres veces, y el dia de san Lorenzo del año 1613 temerariamente rindió trece moros que salieron á tierra en Cádiz, junto á la torre de Hércules, con solos tres peones desarmados, saliendo á caballo con lanza, pistola, y cuera de ante, espada y daga, y los maniató á vista del general don Luis Fajardo, y don Manuel de Venavides, castellano de Santa Catalina que le habian enviado á reconocer.

Fue al socorro de la Mamora año 1614, llamado por tres cartas del rey Filipo IV, y llevando ocho soldados sirvió en la guerra y fortificacion de los dos fuertes, casi seis meses á su costa. Hicieron-se por su traza otras dos fuerzas del Puntal y Matagorda en la isla de Cádiz y Puerto-Real, para guarda de las armadas. En este año de 1617, le hizo merced S. M. del hábito de Montesa (habiendo visitado el año antes las torres y muelle de Málaga con 600 ducados de renta en cada año) con que dignamente honró su persona, sus nobles artes, y alegró sus amigos, de quienes fue muy querido y estimado mientras vivió, y sienten hoy su falta.

Ultimamente para glorioso remate de su valor y virtud, y para lograr el fruto de lo bien que habia corrido, en servicio de su patria y de su rey, y en el temor de Dios y guarda de su santa ley, le llevó el señor á la conquista del Brasil, donde estando ordenando con qué ofender á los enemigos (como ingeniero mayor) y alentando á los demas soldados, le halló una bala de una pieza que le llevó la pierna derecha entera, desde el nacimiento del muslo, de que murió dentro de dos horas, con muestras de gran cristiano, en las manos del padre Gaspar de Escobar, de la Compañía de Jesus, cumplidos 60 años en el de 1625, con general sentimiento de todos, especialmente de don Fadrique de Toledo, gran general español que se halló presente.»

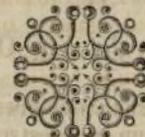
Así termina Pacheco el elogio de Juan de Ovie-

do, del que no existen mas noticias hoy, que las que él nos ha suministrado.

Pocos mas retazos de este precioso manuscrito podremos ya ofrecer á el público, no obstante que Pacheco confiesa en su arte de la pintura l. III, c. 8, que habia hecho de lápiz negro y rojo mas de cien retratos de hombres *eminentes en todas facultades*, y de los cuales hizo tambien su correspondiente elogio ó biografía. Este album fue regalado por su autor á el conde-duque de Olivares, y de los borradores se conserva con mucho cuidado en la Academia de la Historia, un cuaderno que regaló á dicha corporacion el conde del Aguila, en cuyo archivo se halló.

Mucho ganaría nuestra historia biográfica con la adquisicion del original de esta obra, pero ya que esto no sea, contentémonos al menos con poseer estos pocos retazos.

L. VILLANUEVA.



CRONICA DE MADRID.

Razones para quejas. — El Prado. — Apariencias. — Escursiones. — Escenas amorosas. — Teatros. — Brujas y Duendes. — Música. — Modas.



olvieron los calurosos dias del verano con su encantadora alegría á recordamos el deber que habiamos contraído con nuestras bellas lectoras de referirles cuanto ocurriese en la reina de las Castillas, digno de llamar su atencion. Repetidísimas y amables quejas hemos recibido diariamente por nuestro silencio, verdaderamente criminal, y faltariamos á nuestro deber si no protestásemos con nuestras razones de la inculpacion que pesa sobre nosotros. Aun cuando los mejores instantes que pasamos son los que consagra nuestra pluma á la *Crónica*, *huroneando* antes, por decirlo así, todas las historias de sociedad, todos los misterios de los teatros, toda la chismografía que forma la parte mas brillante y entretenida y animada del *mundo civilizado*, no siempre las columnas de un periódico, que escribe para tantos y tan variados objetos, puede consagrarse al exclusivismo de un partido, á pesar de ser este el inmenso y poderoso y siempre adorable de las hermosas. Esta es una razon, otra es... ¿quereis saberla?... pues dirijfos, lectoras, á la calle ancha de San Bernardo, y encontrareis en su fin un edificio que fue convento de novicios, y que hoy está consagrado *in partibus* al cultivo de las letras, y principalmente á la carrera de la lejlslacion: ese edificio nos llamaba diariamente á su seno, y en estos últi-

(1) En todos tiempos la misma incuria!

mos días, precisamente los de nuestro *eclipse*, hemos tenido con una asiduidad y constancia verdaderamente *heróica* en nosotros, que concurrir á él para dar á prueba nuestros conocimientos en la ciencia de *Cavallario*. Esta es, pues, la contestacion que damos al manifiesto verbal que ha querido arrojar la tea del disgusto en nuestra alma, y creemos que será suficiente á acallar todos los temores, todas las exigencias, mucho mas asegurando que en el porvenir no romperemos nuevamente la ley fundamental de nuestro periodismo forzoso-voluntario.

¡Cuán bello está el Prado en estos días! ¡Cuánta profusion de lujo nos admira y nos encanta en las tardes de los días no feriados! Eso sí, porque los días festivos está insufrible, detestable tanto como las sociedades dramáticas cuando hay mucha concurrencia.—La otra tarde estábamos sentados en una silla de esas que rompen los trajes y martirizan el individuo, por la módica suma de ocho maravedises, cuando tomaron asiento junto á nosotros, dos lindas *jamonas*, vestidas suntuosamente: desempolvamos las gafas y redoblamos nuestros esfuerzos para llamar la atencion de nuestras bellas vecinas, pero advertimos que fijando la vista en un grupo de hombres que saludaban muy afectuosamente á las lindas condesitas de O... empezaron á publicar con bastante pasion la biografía de uno de ellos: paramos entonces nuestra consideracion, y reconocimos al que era objeto de tan minucioso exámen. Oimos cosas estupendas, maravillosas, de esas que las mujeres saben solamente, y que solamente ellas saben referir: al día siguiente fuimos á ver al satirizado. Jiró la conversacion sobre varios puntos, hasta que vino á recaer en la escena del Prado. Admirado quedó nuestro amigo al ver que tan á fondo sabiamos sus recónditos secretos, y al decirle nosotros todo el suceso, nos preguntó.

—Esa que así hablaba no es alta, gruesa, morena?...

—Sí.

—En el ojo derecho no tiene una nube pequeña, casi imperceptible?...

—Sí, sí; exactamente.

Una estrepitosa carcajada lanzó mi amigo, añadiendo últimamente.

—Pues no ha de saber mi historia! Ella es precisamente la heroína de todos esos dramas trágicos, sangrientos. Hará dos años que vino á Madrid, es decir, la condujeron, y ha estado todo este tiempo en la... *Galera* para purgar tantos y tantos purgatorios como ella ha hecho padecer. En vez de reirnos nosotros, reflexionamos que *siempre engañan las apariencias*, y que en el Prado nada puede decirse sin temor de que sea oído ó vaya á noticia del que no quisiéramos.

Las escursiones de verano de día en día se van aumentando, y ya podemos decir que está huérfana la corte de esas altas y honorables jóvenes, que en sus aristocráticos salones hacen pasar las horas de la noche entre encantadores deleites. La condesa

de M. y la marquesa de P. disponen su viaje á varios pueblos, viniendo á recaer como de asiento en el Escorial, á donde se encontrarán con las señoras de G., la amable viuda de V. y varias otras que no recordamos en este momento. Otras personas hay que se dirijen á los baños, y no pocas á eludir los abrasadores rayos del sol entre las frescas brisas y perfumado ambiente de las Andalucías.

Háblase mucho estos días de los amores de cierta *Terpsicore* con una notabilidad esclusiva de nuestro suelo. En la historia que corre de boca en boca con sus correspondientes alteraciones, no falta otro amante, cuyo papel se ha repartido á un aventajado escritor, digno por todos conceptos del aprecio de los hombres y de... las mujeres. Nosotros ni lo creemos ni lo dejamos de creer, pero sí nos ha hecho mucha gracia la escena que se refiere, en la cual se despejó la incógnita, y que es á propósito y de un mérito indisputable para el final de un cuarto acto: otra escena se nos ha referido que vamos á consignar.

Hállabase la *notabilidad-diestro* oyendo á la *notabilidad baritono* (Ronconi) y en uno de los arrebatos músicos de este célebre cantante, prorumpió el primero en un furioso aplauso que duró mas de lo que debia esperarse de tan opuesto profesor. Estaba á su lado un elegante, y admirado de tan *extraña conducta*, le interrogó humildemente.

—¿Por qué aplaude V. con tanto calor?

—Por qué? le contestó la notabilidad, porque es preciso que *los artistas* nos protejamos unos á otros.

Contestacion original y digna de un paisano nuestro.

De los teatros nada podemos decir, porque ninguna obra nueva nos han dado. En el Príncipe, estaba ensayándose un juguete andaluz, y se ha dejado para la próxima temporada. Los cómicos de Variedades han emigrado para buscar por esos pueblos el *pan nuestro de cada día*, y en la *Cruz*, la brillante sociedad, la del Instituto, está dando sus funciones semanales. El *Circo* siempre lo mismo, y no puede ser otra cosa estando á su frente el suntuoso y desprendido capitalista señor Salamanca. Este, parece que ha dispensado su proteccion al teatro de la calle de la Luna, en el que volvemos á ver funciones. Nos complace mucho esta determinacion, porque Madrid estaba reclamando hace tiempo un teatro de segundo orden, compuesto de una empresa ilustrada y rica, y de unos actores siquiera medianos. Esta misma idea tenia concebida para el año cómico venidero el señor Delgado, editor de la *Galeria Dramática*, segun nos há dicho varias veces.

De publicaciones nuevas poco ó nada se dice, á no ser la idea que ha concebido un apreciable editor, y que vá á realizar inmediatamente, de publicar una coleccion de tomos satíricos bajo el título de *Brujas y Duendes*, redactados por conocidos escritores.—En el ramo de música es digno de llamar la atencion el almacen del señor Mascardo, don-

de se graba aquella perfectamente, siendo una prueba de ello, la *Fantasia* de nuestro amigo el profesor Oudrid, y la coleccion de canciones que en el mismo establecimiento se está grabando, y de que ya hablaremos á nuestras lectoras.

Las modas aun no se han fijado, por la inconstancia del tiempo: con todo, daremos á nuestras amables suscriptoras una idea de lo que mas en boga está sobre este asunto.—Los gorros de paja de arroz han empezado á usarse mucho, postergando á los de paja de Italia: tanto unos como otros, van adornados de flores ó de hojas de arce. Para hacer ostentar el dibujo en los calados, se forran de raso lila ó azul, adornándolos entónces una media corona de rosas y de clemátilas.

Los trages tienen una hechura muy sencilla: los cuerpos son lisos y las mangas, por lo que se deja conocer, se desterrarán completamente este verano. En las muselinas de seda, los organdis y demas telas aéreas se guarnecen de blondas ó cintas festoneándose, en los demás, las estremidades.—Las franjas y los flecos han vuelto á la escena, poniéndose en las faldas, manteletas y sombreros: se usan mucho las fantásticas *echarpes* de gasa ó de crespon por la tarde, y las manteletas por la mañana: las primeras son tambien de cachemir rivalizando con las napolitanas y las turcas.

La muselina de la India es la tela mas preferida en el estío, y los fondos claros con rameado oscuro se generalizan mucho. Para trages de campo y de escursiones, se prefiere el pelo de cabra, *amenizándose* el efecto con anchos y variados agramanes. Los colores mas de moda son el rosa, blanco y azul celeste,

Las modas de hombres continuan caprichosas cual nunca. Cuanto mas ridiculo salga un elegante, mas acreedor se hace á este *envidiable* epíteto. Las trabillas están ya abolidas aun para la tarde y la noche: lo mas que se permite es una correita de un dedo de ancho que ajuste junto al tacon pero que deja campear el pantalon de campana: el zapato bajo de charol es muy admitido y entónces la *correita* se suprime.—Los fraes continuan anchos de faldon y muy cortos: los azules llevan boton dorado liso. Las levitas largas de talle y breves de faldones, con cuellos y solapas estrechas. Si guen en boga los chalecos de schall y las *tuvinas*, y paletots de verano oscuros de hechura de levita y festoneados de seda. Los juncos son ya de pésimo gusto, como igualmente los sombreros de castor lisos ó de pelo: los de merino claro vuelven á prevalecer. Por último, la cabeza ha de estar sumamente rapada.

RAMON DE VALLADARES Y SAAVEDRA.

MIS CELÁNEA.

—Existen en Sahara pueblos en que reinan aun costumbres patriarcales. Citanse siete poblaciones inmediatas las unas á las otras, y hermo-

seadas con oasis en que se crian gran número de palmeras y otros árboles: llámanse Ghádaica, Melikka, Boun Hosrha-Berni-Hisghuem, Lathaof, Brehiein, Llegrara. En esta especie de paraíso colocado en el desierto se escucha siempre con respeto á los ancianos; sus palabras son sagradas.

Hay en ellos dos tribunales establecidos; uno de simple policia, y el otro superior. Los golpes y en particular las bofetadas, son juzgados por tres Hakens, que segun la gravedad de los hechos condenan á una multa cuyo mínimun es un *boudjou* (4 reales); rara vez se abrogan los Hakens el derecho de dar palos. Estos no deben exceder tampoco del número de 80, aunque sean mandados por el tribunal supremo, porque los habitantes de esas ciudades dicen que el Korán prohibe mayor número.

Los negocios puramente civiles, las puñaladas, casos de muerte ocasionados con malicia, son juzgados por doce notables que tienen su tribunal cerca de la mezquita.

Estos indigenas son muy hospitalarios. Hace años que un europeo, armero de profesion, entró en este pais. Fue amistosamente acogido en todas las aldeas que se lo disputaban: abrazó el mahometanismo y tiene muger é hijos y propiedades en Beni Hisghuem, donde le veneran en el dia como médico.

Célebre correspondencia entre el Dean de Cuenca, y el Cura da la Villa de Pareja; correspondencia que ocasionó un pleito, que llegó á la Nunciatura, y devengó mas de dos mil ducados en las costas.

Carta del Dean. Hánme dicho, que están en su poder cinco fanegas de trigo, que son para mí: envíemelas luego, que de no hacerlo así, lo habré á mal.—Dios le guarde.—El Dean de Cuenca.

Contestacion del Cura. Hánle dicho bien en haberle dicho, que están en mi poder cinco fanegas de trigo, que son para él. Envie por ellas cuando quisiere, que será bueno, porque el gorgojo no se vá á lo peor. Advierta que no se me dá nada de él, ni todos sus eles, y que otros mejores que él me hablan de Vmd. Dios le guarde.—El Cura de Pareja.

Segunda carta del Dean. Mucho he habido menester de Dios, y de paciencia, para sufrir su desvergüenza: hámela Dios dado por favor grande; pero no se fie de ella, que es cerril, y le dará un par de coces.—Dios le guarde.—El Dean de Cuenca.

Respuesta del Cura. Nada he habido menester de Dios, ni de paciencia, conociendo su ignorancia, para sufrir sus desvergüenzas. Ya sé, que un asno no puede dar sino una coz; pero guárdese de mi baston de acebo, que á macho lerdo arriero loco, Dios le guarde.—El Cura de Pareja.

MADRID, 1845: IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
Calle del Duque de Alba, n. 13.